

LOS ZAPATOS QUE ME REGALÒ PAPÁ



Mi padre anda ya por sus 90 años y en forma muy pausada y lenta, su memoria se ha ido desvaneciendo. El tiempo severo la va llenando de olvido. A estas alturas ya no puede reconocer bien a todos sus hijos. Estoy junto a él, le hablo cálidamente y a pesar de su esfuerzo no sabe bien quien soy. Pretendo vanamente refrescar sus recuerdos; le cuento algunas anécdotas juntos y él apenas sonrío como si todo fuese un vago sueño. No sabe ya quién soy pero sabe bien que ese alguien lo trata bien, lo quiere bien. Yo le digo que eso al fin importa poco porque nosotros sí sabemos bien quién es él y lo que significa en nuestras vidas.

A la única persona de este mundo que reconoce bien es a su esposa, mi madre. No en vano han recorrido juntos más de 50 años, con cuatro hijos a cuestas. Ella asume estoicamente el peso enorme de cuidarlo y brindarle las especiales atenciones y cuidados a una persona en el otoño de su vida.

A la única persona del otro mundo que en su nube de confusión y vértigo recuerda, con profundo agradecimiento es – desde luego - el señor Arthur Beynon. Pocas veces en la vida se acude al tierno espectáculo de un cariño tan leal, profundo y duradero hacia personas que no son de su familia. El Sr. Beynon fue el padre bueno y comprensivo que nunca tuvo. Fue la mano amiga que lo apoyó con trabajo cuando más lo necesitaba. Él ya partió al infinito hace muchos años y papá me dice que espera encontrarlo donde fuese que vaya. Ahora se entiende por que cuando éramos niños los cuatro hermanos rezábamos todos los días por la salud de ese gringo noble. Fue una bendición del destino que un buen día se haya cruzado en su camino en las serranías de Ticlio. Le cambio su vida; nos cambió la vida.

Con los años su memoria se ha vuelto regresiva y selectiva, como ahorrando información. Se refugia en los datos del pasado. Cuenta por ejemplo los números en japonés. Una lección que aprendió de un profesor de escuela primaria hace más de 80 años. Lo que bien se aprende nunca se olvida reza el refrán. No se olvida tampoco que es hincha de la U y de su ídolo Lolo Fernández; aunque en los últimos 50 años no haya seguido jamás al club ni acudido al estadio a verlo. Antes había vibrado con algunos encuentros en el Estadio Nacional, pero cuando era muy joven aún. Esas lealtades adquiridas en

la juventud dicen que nunca nos abandonan. Por el contrario, se reaniman de viejo. Papá es una muestra palpable de ello.

Papá carga sobre sus hombros solo el duro peso del transcurrir de los años. Técnicamente no tiene ninguna enfermedad. Es sólo la vejez que se ha apoderado y atenazado su cuerpo ya muy frágil, que sin ella, fuese sano y fuerte como siempre. Trabajó parejo con horario y con personal a su cargo hasta los 80 años, luego incluso de jubilarse oficialmente. Cuando dejó sus asesorías mineras la inactividad lo empezó a consumir. Ahora las horas acumuladas, silenciosas, hacen su trabajo lento e inexorable. Va minando de a pocos sus capacidades. Su vida transcurre semejante a la de una vela que ante nuestros ojos se apaga muy lentamente. Y nada se puede hacer. Somos impotentes ante este huracán que todo remece, que todo lo devora. Es el tiempo y su cotidiano quehacer demoledor. Es la vida que tremula; es la muerte que acecha.



El regalo de Papá. Papá ha sido siempre

un ser generoso, en todo orden de cosas. Nunca ha tenido mayor apego al dinero y por eso, cuando podía, lo gastaba con toda naturalidad. Digo esto porque de todo lo material que ha podido prodigar a sus hijos hay uno en especial, que no tiene relevancia crematística alguna; pero sí un significativo valor personal que resume una vida: el par de zapatos negros importados que me regaló cuando me casé hace más de 27 años.

Por alguna extraña circunstancia, que no comprendo ahora, recuerdo ese regalo. Una tarde fuimos a Sears de San Isidro; le gustaron y me lo compró. Así de simple. Como todo lo que hacía; sin muchas palabras.

Hoy me acerqué a él, le tomé sus manos y le agradecí por aquellos remotos zapatos; él por supuesto ni se acordaba. Por inercia apenas sonrió un poco. En ese regalo, le dije, se condensaba lo mucho que hizo por nosotros: por enseñarle con tanto amor y paciencia a Coquito a lavarse los dientes y las manos, por las propinas semanales a Coquito y Gonzalito; por buscar y traerme el libro aquél de Truman Capote *A Sangre Fría* de la colección Bruguera que hasta hoy conservo; por legarme una hermosa edición española de la colección completa de las *Tradiciones Peruanas*; por dejarme en custodia su cuaderno personal de poesías escritas cuando andaba por sus 20 años y

era un romántico radical; por confiar desde el inicio en mi esposa; por ser, en fin, un hombre callado y bueno. *i Gracias viejo bello por los zapatos i*

Post Mortem: hoy 25 de agosto de 2015 enterramos a Papá. Porque lo pidió lo cremamos. Poco antes, en su féretro, me despedí de él como solíamos hacerlo desde hace algún tiempo, juntando nuestros puños. Le besé su frente ya fría y le repetí al oído dos cosas: que siga siendo feliz donde se encuentre y dándole, una vez mas, las gracias por todo lo que significa para nosotros. *¡¡¡ Feliz viaje a la eternidad viejo lindo.¡¡¡*